

LA POLITICA EXTERIOR ITALIANA

COMENTARIOS EN TORNO A LA POSTGUERRA Y A LA "REPRISE" ACTUAL

1) *Italia y sus vencedores.*

La política exterior italiana vióse brutalmente truncada el 8 de septiembre de 1943, cuando el armisticio vino a decretar la rendición sin condiciones del país frente a la coalición de las naciones vencedoras de la guerra. Italia quedó virtualmente borrada del número de las naciones independientes y sólo posibilitada para obedecer pasivamente a cualquier orden o disposición que le fueran impuestas por los «amos».

Este es el hecho positivo e incontrovertible que es preciso tener presente cuando se quiere tratar de cualquier manera de la política exterior italiana de la posguerra. Por tanto, desde entonces y durante los años sucesivos, la política exterior de Italia sólo pudo desenvolverse en función del mínimo de libertad que le concedían las condiciones de paz, es decir, en los límites estrechos y poco cómodos de la indiferencia ajena o, peor, en los límites de la voluntad ajena más o menos cortesmente manifestada.

En contrapartida, la política interior podía desarrollarse con cierta holgura—afortunadamente para el país vencido y postrado—porque la suma harto crecida de dificultades que los vencedores tenían que resolver por su cuenta, dados los magistrales y reiterados errores cometidos antes, durante y después del conflicto, no les dejaba ni tiempo ni voluntad suficiente para ocuparse de menudencias tales como se les aparecía que era Italia. Los aliados la consideraron entonces como un país que se disgregaba, un país agobiado y destinado a la destrucción o a la descomposición, que ya no podía contar para nada y que para nada habría de contar en el concierto internacional. Entonces la dejaron hacer en su casa lo que le pareciera cómodo hacer, pensando que ya se las compondría como le viniera en gana dándose el gobierno que la agradara e incluso divirtiéndose a sus anchas en la

sucesión de experiencias políticas más disparatadas, con tal de que borrarse de su vocabulario la palabra «fascismo». Aquel fascismo al que ciegamente quisieron considerar como el responsable de todas las desgracias, el culpable del estallido de la guerra y de los desastres consecutivos, convirtiéndolo en víctima propiciatoria, sin tener en cuenta una situación de hecho derivada de una serie de circunstancias, de errores y de incomprensiones, no todos imputables al fascismo.

II) *El europeísmo de De Gasperi.*

Al principio, pues, Italia no pudo sino obedecer. Y hay que reconocer —aun sin compartir su ideología— que su renacer se debió a las dotes eminentes de un hombre, Alcide de Gasperi. Equilibrado, frío calculador, diplomático sutil, libre de prejuicios, dúctil y paciente pudo mejorar poco a poco la posición de Italia dentro del conjunto de las naciones, dando, sobre todo, la sensación de que existía una voluntad inquebrantable de *reprise*. Esto se consiguió pese a los obstáculos que se oponían a la acción del *leader* demócrata cristiano y a la insuficiencia de ciertos de sus colaboradores, entre los cuales ocupa el primer lugar el desgraciado ministro de Asuntos Exteriores de los primeros tiempos de la República, Carlos Sforza, mal visto por América, cordialmente despreciado por el Gobierno inglés dominado por Winston Churchill y soportado, cuando no se oponían a él, por la mayoría de los mismos italianos que no lo estimaban.

De Gasperi perseguía una sola meta: halagar a las potencias anglosajonas para conseguir de los Estados Unidos el máximo de ayuda financiera y destinarla a mejorar la situación económica italiana, haciéndola de nuevo capaz de desarrollo y de progreso. Y no descuidó sacrificio alguno para lograr esa meta, renunciando incluso a veces a la dignidad y a los derechos de su nación, con tal de contentar y de atraerse a los Estados Unidos. Y así sucedió con motivo de la renuncia casi total a Istria en favor de Yugoslavia que, desde la primera guerra mundial, ha estado siempre en el corazón de los gobernantes americanos, quienes la han sostenido, mimado y ayudado, y que siguen ayudándola, de acuerdo con la afición de los americanos por una serie de causas descabelladas que han costado a Norteamérica y al mundo entero lutos y disgustos, sin que ello haya mermado su fanático amor por las utopías sin fundamento.

Istria, territorio geográfica, histórica y etnográficamente italiano, con-

quistado exclusivamente al Imperio austro-húngaro y, por tanto, italiano por derecho adquirido, hubo de ser cedida por la Italia amiga y la comunista y enemiga Yugoslavia, por culpa de los ingenuos y utopistas idealismos americanos. Y si Italia no hubiera tenido la buena estrella—la gran estrella de la bandera italiana también esta vez desempeñó su papel—de contar en su gobierno, aunque sólo fuera por pocos meses, con un hombre de valor, de alma noble, de sentimientos italianos, el honorable Pella, también sobre Trieste, cuna secular de italianidad, ondearía a estas alturas la hoz y el martillo de los cómplices de Moscú.

Otra meta tuvo De Gasperi, una meta que pudo aparecer como un «hobby», como se acostumbra hoy a llamar a las manías: la de «europeísmo». Este europeísmo ya tuvo un abanderado en Mussolini cuando se forjó la ilusión de poder, con el Pacto de Stresa, unir el mayor número posible de naciones europeas en una Liga de interés común, preludeo de una unión más estrecha capaz de oponerse a la potencia negativa rusa y a su imperialismo destructor. Pero el europeísmo con que soñó Mussolini no suprimía los individualismos nacionales, ni las varias patrias, sino que reunía aquéllas, semejantes y ligadas por una civilización común, en una fuerza única hacia un único ideal. Junto a este europeísmo, el de De Gasperi superaba las naciones y las patrias y tendía a la formación de una liga de países con intereses convergentes capaz de oponerse a imposiciones de intereses contrarios.

Hoy, pese al egoísmo inglés y al ansia de hegemonía continental francesa, la idea gasperiana ha hecho innegablemente progresos. Pero esta idea basada en intereses más o menos comunes y a menudo contrapuestos, carece de un ideal que la sostenga y empuje: no tiene un fundamento espiritual porque renuncia a la idea de patria y no la sustituye por otra. El interés, sin duda alguna, es un gran y valioso acicate para mantener unidos a pueblos distintos; pero también puede, de la noche a la mañana, tener la misma validez para desunirlos, caso de variar las situaciones exteriores o de variarse el metro de medir los intereses. Que lo digan los defensores de buena fe del universalismo: la idea de universalidad no se basta a sí misma para crear un ideal. Ni siquiera lo ha conseguido la religión de Cristo, universal por excelencia, que, pese a haber impregnado el mundo, no ha podido conducirlo al universalismo. La patria, la raza, la civilización y las costumbres distintas constituyen decididamente mundos contrapuestos.

De todas maneras, un embrión de europeísmo, basado en el interés co-

mún, se está gestando y quizá llegue a facilitar la vida y el trabajo en las distintas naciones interesadas, en espera de que un ideal común—no sólo negativo, sino positivo—pueda reunir verdaderamente a estas naciones en una patria única más grande y fuerte.

Por tanto, hay que acreditar en el activo de la política exterior italiana, resurgida después del derrumbamiento de la derrota, la actual vacilante Comunidad Europea que, si no se produce ningún retroceso, singularmente de parte de los franceses, podrá crear dentro de una docena de años un mercado común europeo, principio de vínculo siempre más estrecho de solidaridad.

III) *Los obstáculos del interior.*

Si la acción de De Gasperi en materia de política exterior no fué siempre afortunada, dejando incluso que desear respecto a una defensa eficaz de la dignidad nacional, no hay que olvidar las dificultades de orden interior que trabaron e impidieron, con excesiva frecuencia, todos o cualquier impulso de firmeza o de simple originalidad.

En efecto, Italia es la única nación donde, hasta hace muy poco, el Socialismo estaba plenamente vinculado con el Comunismo y que en la actualidad está muy lejos de haber roto con él. Por tanto, puede decirse que un tercio del Parlamento estaba completamente guiado y dominado por los dictados de Moscú. Hay que añadir a ello los que se titulan socialdemócratas, los cuales constituyen—quizás inconscientemente—la patrulla avanzada de la penetración soviética en Italia, que se apoya en esta o en aquella corriente democristiana izquierdistas que, bajo el mando de la religión y el fetiche de la «socialidad», esconde los deseos revolucionarios que han sido siempre, en el fondo, la aspiración de la masa italiana, indisciplinada, imprevisora, individualista, incapaz de método y en extremo voluble. Es la misma masa que durante varios años ha seguido al «Duce», sin comprender bien adónde podría conducirla semejante fanatismo y que luego se ha cansado, abandonando a su fetiche cuando cayó en la cuenta de que no era ni invulnerable, ni omnipotente, ni infalible. Porque en el fondo no creía en lo que representaba el «Duce», ni en el ideal que él perseguía, sino que se había dejado fascinar por él únicamente a causa de sus gestos, de su atractivo personal, de su «fuerza exterior», en suma. Hoy todavía, los «nostálgicos», o sea la menguada minoría que se estrecha en las

filas del Movimiento Social, heredero del fascismo, no tiene frente a la masa ninguna idea que defender o sostener, sino únicamente la nostalgia de «él», del ídolo que se había forjado y que, hoy desaparecido, les ha dejado vacíos de ideales. Ellos siguen una bandera, un símbolo al que continúan tenazmente aferrados, sin saber qué representa esa bandera y sin importarles.

Actualmente, la bandera que arrastra una buena parte de la masa —y usemos la palabra «masa» en su auténtica y más amplia acepción, es decir, incluyendo en la misma a todas las clases sociales y a todas las categorías—es la bandera roja con la hoz y el martillo. Hoy el fetiche se llama Stalin o Jrutchev, sin que nadie sepa claramente por qué ni qué se esconde detrás del trapo flameante. Las aberraciones de gran parte de los intelectuales italianos, que se enrolan en la secta marxista, no se sabe por qué, es una de las pruebas más concluyentes de ese modo de ser, precisamente porque se trata de intelectuales, o sea de gente con ideas y con preparación, por tanto, más capacitada para dejarse llevar por la razón y no por los impulsos. Sin embargo, demuestra cómo en el italiano la pasión del momento vence el raciocinio. Sólo así se explica el resbalamiento hacia la izquierda que actualmente domina a la masa italiana, desde los intelectuales a los más analfabetos.

Por el contrario, la política exterior italiana, desde que la situación de la nación se ha consolidado interiormente merced a la laboriosidad y al equilibrio de fuerzas contrapuestas, da dado pruebas de vitalidad y de capacidad de recursos que verdaderamente podrían parecer milagrosos, y así ha adquirido poco a poco el derecho a hacer oír su voz en las asambleas y en los asuntos internacionales. Sin embargo, no ha seguido nunca una línea clara y precisa, hasta hoy día por lo menos.

Italia como nación bajo la tutela de Occidente y, por lo tanto, obediente a sus dictados—especialmente los de América—se han emancipado con cautela y paulatinamente de su protectorado y, hay que reconocerlo, lo ha hecho con tacto y sutileza, sin levantar ni despertar recelos. Empezó a moverse por su cuenta, a aletear y a empujar sus tentáculos fuera de su casa con varios tanteos circunspectos y a veces sagaces. Se ha desinteresado de los asuntos lejanos, incluso importantes como los problemas de Corea, de Indochina, isla de Formosa, etc., mientras que para los asuntos más próximos—Egipto y Canal de Suez—ha adoptado la política de espera y de prudencia, del decir y no decir, dejar hacer y no comprometerse. En los asuntos menores, que también la atañen de cerca, la prudente reserva

es siempre de pragmática, como lo demuestra la forma paciente de soportar los reiterados y periódicos abusos perpetrados en su perjuicio en las aguas adriáticas y la aceptación silenciosa de las provocaciones sobre los territorios del Alto Adigio. Sin duda, esa conducta circunspecta se puede atribuir a los últimos residuos del reciente pasado de reconocida inferioridad que con demasiada frecuencia no dejó de ser buscada. Por tanto, hay que esperar que el nuevo aire de independencia que sopla desde hace algún tiempo en el Palacio Chigi podrá permitir que la política italiana recupere el papel que le corresponde en la política internacional y respecto a las relaciones con todos los países de más allá de la frontera.

IV) *La política del presidente Gronchi y del señor Fanfani.*

El nombramiento del honorable Giovanni Gronchi, como presidente de la República italiana, ha señalado este nuevo desarrollo de la política exterior italiana. Las mismas diferencias larvadas, pero reiteradas, entre el presidente y el Parlamento, justamente acerca de la participación del primer ciudadano italiano en una política que pareció demasiado autonomista a una parte de las Cámaras, demuestran que las relaciones con el extranjero han tenido un nuevo impulso. Los viajes del presidente Gronchi a Washington y a Persia han suscitado un enjambre de críticas basadas formalmente en las interpretaciones constitucionales diversas, pero sustancialmente informadas por una cómoda e interesada aversión hacia una actividad eficaz y decidida que muchos quisieran alejar todavía, en parte por temor y complejo de inferioridad, en parte porque en esa actividad se ve la voluntad de sustraerse a tutelas y guías, sea de éstos, sea de aquéllos, a fin de encaminarse hacia una nueva y efectiva independencia. También las tímidas tentativas del honorable Pella, ministro de Asuntos Exteriores, durante su viaje a América, con vistas a una penetración decisiva de Italia en los grandes asuntos mundiales, han sido en cierto modo un tanteo (ver neo-atlantismo) para averiguar las reacciones ajenas. Sin embargo, han significado el resurgimiento a que aludíamos, aunque también estas tentativas hayan tropezado en seguida con la crítica medrosa de una parte del Parlamento italiano y con la interesada de la otra.

Pero admitido el tanteo, es cierto que las reacciones de los países occidentales han sido positivas, puesto que la política exterior italiana procede ahora por el camino trazado sea por el presidente Gronchi, sea por el mi-

nistro señor Pella. El reciente presidente del Consejo de Ministros y ministro de Asuntos Exteriores, Amintore Fanfani, desde el momento mismo de su toma de posesión del cargo, quiso encauzar en seguida su acción hacia un plano de política internacional activa, independiente y muy personal, para la cual se trazó una línea de conducta que siguió fielmente.

Fanfani quiso trastocar las costumbres. Aun considerando las situaciones internacionales, que son bastante escabrosas y frente a las cuales se encontró desde el primer momento el presidente del Consejo—es decir, el golpe de Estado del Iraq y sus consecuencias—, muchos síntomas, sin embargo, demuestran que la acción de Fanfani era preconcebida y previamente preparada. Por lo tanto, las circunstancias inmediatas no han sido más que el impulso para ponerlas en práctica sin demora. Otra cosa puede decirse del desarrollo de dicha actividad: que ya existían acuerdos anteriores—o por lo menos una identidad general de puntos de vista—entre ese presidente del Consejo y el presidente de la República, de suerte que el primero quiso dar inmediatamente con los hechos la sensación de que pasaba por alto las veleidades de crítica con más o menos fundamento constitucional que el Parlamento pudiera dirigir contra las posturas presidenciales.

Dichas posturas, ciertamente, no dejaban lugar a dudas, pues antes de llegar a la Presidencia del Estado, Giovanni Gronchi había dejado entrever varias cosas, basadas en la posición geográfica de Italia, en su historia y en el peso insoslayable de un pueblo de cincuenta millones de habitantes. Además, Italia tiene en todo el Mediterráneo intereses directos e indirectos, presentes y futuros. El hecho de haberse visto obligada a abandonar sus colonias—en las que había gastado sumas ingentes de dinero, de inteligencia y de energías, para civilizarlas, levantar su nivel de vida, hacerlas productivas y sanearlas en el interés precioso de los indígenas, más que en el propio, y éstas son verdades indiscutibles—, no ha disminuído y quizás ha reforzado los intereses morales y materiales que la nación tiene en su mar, en todas sus orillas. Esto sin veleidades imperialistas, sino por su ineludible posición en el centro de ese mar, que la hizo ser en el pasado el centro del mundo y que le conserva hoy una función natural de epicentro.

Italia tiene grandísimos intereses directos tanto en Persia como en Marruecos, aunque no fuese más que por sus abastecimientos petrolíferos—no olvidemos que uno de los primeros viajes al extranjero del presidente Gron-

chi fué la visita a Persia o Irán, como ahora se dice. También tiene intereses directos con Egipto para su navegación, y recordemos que Italia ha reconstruído y superado su potencial de marina mercante, ya muy desarrollado antes de la guerra. En Tunicia independiente viven todavía decenas de millares de italianos que han fecundado el país; Siria, Grecia, Turquía y Palestina representan otras tantas salidas para su expansión comercial y tampoco podemos dejar atrás a las naciones europeas que tejen una red de intereses grandiosos.

Por último, para tener un cuadro completo de la situación con referencia a la propia política y más aún con vitales reflejos sobre la política mundial, se ha de tener en cuenta que Italia confina ahora con el mundo soviético por toda la extensión de sus costas adriáticas, de forma que se encuentra en contacto inmediato con el enemigo potencial del mundo occidental. La primera entre todas las naciones del mundo libre puede resentirse de las consecuencias de un eventual conflicto entre los dos mundos. Su posición es, pues, muy difícil, más difícil que ninguna otra. Y el mundo libre, comprometido actualmente por sus propios descomunales errores de valoración, de ilusiones y de hueras presunción en la lucha a cuchillo por su propia supervivencia, no podrá seguir fingiendo que ignora la importancia de Italia en la moderna contienda por la vida o la muerte de la civilización.

La «vuelta al mundo», primera salida del ministro Fanfani apenas tomó posesión de su cargo, sólo puede haber sido razonablemente dictada por un enraizado convencimiento de esta situación de hecho. Y sus tomas de contacto con los representantes de las mayores naciones del bloque occidental se han realizado en función de este convencimiento. Prueba de ello la tenemos en la noticia misma, aunque escueta e incompleta, de las propuestas hechas por el ministro italiano para una solución de la situación en el Cercano Oriente. Solución que, sin embargo, nos deja algo perplejos, por lo menos si se juzgan las escasas y recortadas informaciones que fueron publicadas. En efecto, no pareció que una resolución definitiva de la enredada cuestión árabe pudiera brotar sencillamente de la institución de una superbanca internacional (o algo similar), apta a permitir a los países árabes que eleven sus condiciones económicas deficientes. Esto podía constituir un medio para lograr una mejora, pero no podía actuar sobre el fondo sustancial de las situaciones. Los países árabes han sufrido siglos de dominación por parte de países extranjeros y por parte de minorías

nacionales que tenían al pueblo en una especie de esclavitud. La dominación extranjera o el contacto con extranjeros—aunque éstos exploten sus riquezas—ha actuado sobre el pueblo, llevándolo a una ansia de independencia. Esta ansia se desencadena hoy desordenadamente y no sólo quiere independencia y libertad, sino igualdad de derechos que desemboca en un nacionalismo exasperado y en la venganza dirigida contra las clases que fueron dominadoras. Se trata de un gran fermento espiritual que no puede ser neutralizado o encauzado merced a una mejora de las condiciones económicas. Por el contrario, esta mejora empujará cada vez más las masas locales hacia reivindicaciones descompuestas y revolucionarias, mal entendidas y peor conducidas que llevarán, sin duda, a dictaduras improvisadas, impregnadas de imperialismo. La evolución de Egipto y Siria y, recientemente, del Iraq, son aleccionadoras a este respecto.

Junto a este cuadro, que puede parecer hosco y pesimista, se alza la fascinación «societaria» que rige y gobierna a la mayoría de los hombres políticos italianos y empuja a Italia hacia la «izquierda», o sea hacia la dominación del «pueblo»—léase la masa—. En estas condiciones, no sabemos si esto califica bastante a Italia para juzgar los países árabes y dictar normas tendentes a «levantarlos» antes de que se deslicen por la peligrosa pendiente que la misma Italia tiene algún riesgo de seguir.

Por lo tanto, si por un lado todo idealista, la reanudación vivaz y enérgica de la política exterior italiana pudo mover a un sentimiento de orgullo, la razón y el sentido práctico de esta reanudación no podía por menos que inquietar. Las ingenuas ilusiones «democráticas» de Estados Unidos han producido ya daños serios al mundo libre, ¿dónde iría a parar Italia si la «izquierda» consiguiera añadir sus ilusiones «societarias»? La experiencia Fanfani ha sido demasiado breve para alejar esta inquietud y por ello no permite que se formule un juicio sobre la misma. Sólo cabe señalar su orientación, deducida del hecho de que mientras el primer ministro italiano iba a entrevistarse con el general Nasser, el presidente Gronchi giraba una visita al Irán. Se esbozaba, pues, una política musulmana italiana, inspirada ciertamente en preocupaciones económicas—señaladamente por la preocupación de que Italia se convirtiera en potencia petrolífera—, acaso también en el deseo de que actuara de amigable componedora entre el Islam y el Occidente. Pero la caída del Gobierno Fanfani y su cese en el secretariado de la democracia cristiana, que lo apartan al menos tempo-

CARLO MARIA CARETTA

ralmente de la escena política, han interrumpido la experiencia de la democracia cristiana socializante y vagamente neutralista, llevando al Poder a los señores Segni y Pella, los demócratas cristianos fieles al concepto europeo de De Gasperi. Con ellos, el Occidente recobra partidarios conocidos y seguros.

CARLO MARIA CARETTA.